

De este hondo designio

I

Veintinueve años y el crepitar del cielo en los océanos,
buscador de pureza en el esplendente lebril de la ternura.

Aquí la paz en el regreso desde toda tumba a pronunciar el
génesis.

Te estoy mirando, hermano,
y el aire glorifica la luz que te define,
y la respiración ejercita un corazón comunicante,
creándonos una expresión lúdica de balcones abiertos,
un magma dulce que roza mejillas de inocencia,
hasta que aceptamos el gozo de una mano
como la isla orilla el mar y se engrandece.

Persiste aún en la memoria la crónica del miedo,
el temor irreverente a que una palabra destruya la mítica del
alba.

Aquí el día, y el ojo participa del hallazgo del mundo.

No pude desnudarme de todos tus volcanes,
ni quiero renunciar al precio de tu siembra.
Detrás de la puerta del paisaje, tu paisaje,
la ubre que inflamó estrellas en mi fragua,
isla, continente, sortilegio,
y yo, agarrando el pedernal de tus rompientes,
confrontación telúrica de sol y tierra germinando,
deshilvanando nubes sin equipajes y recuerdos sin memoria,
hasta desbrozar los astros en la concavidad del alma.

Aquí la belleza, en la estancia donde el agua se colma en
otro agua.

Descubramos el rostro de palabras,
y en el despojo de los días, asomémonos,

dejemos que en el despropósito de lo visible nos asista lo
invisible,
y el ancho perfil de tu mano en la piedra, destilando,
trasparencia de encuentros en contacto con la mía,
destruya el desconocimiento y su Arca de violencias,
como el viento derrubia las montañas de su cauce.

II

Todo amor como un naufragio es agua o llanto.
Todo amor como un silencio es plenitud del aire.
Todo amor como la vida estremece la sangre y la enarbola.

Pero no confundo el rostro del viento con el pecho del
mundo,
no establezco que las estatuas, vorágines de signos,
sean el corazón de piedra que mueve las montañas.

No confirmo que la herida de un beso
tenga más vida que los labios muertos que lo dieron.

Ya sé, no digas, yo también bebí la tierra de mil muertes,
acometí los mares sin comprender la forja de mis naves,
emborroné las páginas del alma con voces y osadías
que luego fueron polvo, hambre de un pan inexistente.

Tal vez por eso, un día besé la piel de mis naufragios,
desdibujé las manos y el rostro que me daban,
y en honda reverencia, acuné al niño desasido del origen.

Tú sabes, y sin embargo te recuerdo,
qué vértigo sin alas abrirse al olvido y rescatar la memoria.

Y así, deshabitada el ansia, recomenzar el cauce del paisaje.

Al principio era un pecho, un amor gestual y sin palabras,
que acudía en el llanto a serenar la noche con su vida,



después, el día y su abanico de magia, como un sueño,
hilvanando en su vuelo la fuente sonora de la infancia,
y todo amor, un pájaro infinito en nuestras manos.

¿Recuerdas?

El mundo puede ser esplendente en su hallazgo.

Más tarde la humanidad llega y nos confirma en el mundo,
nos brinda su enseñanza de siglos y siglos de imposibles,
y las manos palomas y otras veces un puño aferrando el vacío.

Así de simple, así de siempre,
y sin previo aviso la esperanza es un rostro lucífugo.

En ese instante, la certeza retornó a la fragua de mis días,
y comprendí cómo el dolor que mi hizo hombre me desdijo,
cómo el miedo aquilató en mi rostro mil máscara de piedra,
y alcé laberintos para que el vértigo no fuera concluyente.

Ahora sé que no hay despertar sin sombras aunque luego
mueran.

Sin prisas ni artilugios he liberado los mares de mis redes,
asumiendo que la belleza está en los ojos que la instauran
y no en el lenguaje inútil que delimita el bosque de la vida.

Me introduzco en la tarde rumiando del tiempo su
entramado,
en esa hora que la luz resbala por la piel exhausta del paisaje
hacia el silencio, y la noche comienza a respirar,
y cada respiración, en su hondo designio, es una estrella.

Todo amor como la vida es sortilegio y canto.
Todo amor como un cristal es pronunciar la lluvia.
Todo amor como un latido es de un fulgor sin lastre.



III

Este hondo designio que acicala mi frente con su danza,
me brindó la certeza y el verbo de un cielo casi bosque.

Así empecé a jugar con las palabras,
aprendí que cada sonido encierra el peso de la siembra,
el orbe de una estancia que al pronunciarla nos pronuncia,
y desde entonces ando con el alma enredada en cada verbo,
hasta que pueda nombrarlo todo y acunar en mis labios su
silencio.

Este hondo designio que acrecienta las montañas de mi
pecho,
me arrojó a este oficio irreverente de sembrador de sueños.

Estos poemas, bajeles en la noche y en el canto,
son mis herramientas, la sangre plena de mi ejército,
la odisea celeste de mis árboles en el gesto del verbo,
frutal anticipación del génesis, mis más hermosos hijos.

*Santa Cruz de Tenerife 1960. Ha coordinado la página "Los jóvenes hablamos" en *El Día*, 1977. Ha publicado en el libro homenaje a Pedro García Cabrera el poema *Otoño del poeta*. Accésit Ciudad de Granadilla en 1980 con el poema *Amor de Tierra y Fuego*. Accésit Premio Internacional Akimia (Salamanca) 1983 con el poema *Consumación del abandono*. En 1991 publica el poemario *Nocilunia*. En preparación, una plaqué titulada *La celebración del aire* y un libro de poemas *Fulgor sin lastre*, al que pertenecen los poemas que publicamos en este número.